

mismo no tomas el trabajo de muchos ayunos, oraciones y vigili- con resistir de cualquier manera, sino procurar la mejor. En las Crónicas de san Francisco, p. 2, lib. 7, c. 8, se cuenta que declaró el Señor á un grande siervo suyo religioso de aquella Orden, llamado Fr. Juan de Alverne, el diverso modo con que se habian los religiosos contra las tentaciones, especialmente contra los pensamientos de la carne: vió casi innumerable multitud de demonios que sin cesar arrojaban contra los siervos de Dios muchas saetas, algunas de las cuales con impetuosa ligereza volvían contra los demonios que las tiraban, y entonces ellos con gran clamor daban á huir como afrentados: otras de aquellas saetas arrojadas de los demonios tocaban á los religiosos, mas luego caian en el suelo sin hacerles daño alguno: otras entraban con el hierro hasta la carne, y otras pasaban el cuerpo de parte á parte. Pues conforme á esto, el mejor modo de resistir, y el que habemos de procurar, es el primero; hiriendo al demonio con las mismas tentaciones y saetas con que él nos procura herir, y haciéndole huir. Y esto haremos muy bien, cuando pensando el demonio dañarnos con sus tentaciones, nosotros sacamos mayor provecho de ellas: como si de la tentacion de soberbia y vanidad, que el demonio nos trae, sacamos mas humildad y confusion; y de la tentacion deshonesta sacamos mayor aborrecimiento del vicio, y

Y porque en esto del resistir á las tentaciones puede haber mas y menos, no nos habemos de contentar

con resistir de cualquier manera, sino procurar la mejor. En las Crónicas de san Francisco, p. 2, lib. 7, c. 8, se cuenta que declaró el Señor á un grande siervo suyo religioso de aquella Orden, llamado Fr. Juan de Alverne, el diverso modo con que se habian los religiosos contra las tentaciones, especialmente contra los pensamientos de la carne: vió casi innumerable multitud de demonios que sin cesar arrojaban contra los siervos de Dios muchas saetas, algunas de las cuales con impetuosa ligereza volvían contra los demonios que las tiraban, y entonces ellos con gran clamor daban á huir como afrentados: otras de aquellas saetas arrojadas de los demonios tocaban á los religiosos, mas luego caian en el suelo sin hacerles daño alguno: otras entraban con el hierro hasta la carne, y otras pasaban el cuerpo de parte á parte. Pues conforme á esto, el mejor modo de resistir, y el que habemos de procurar, es el primero; hiriendo al demonio con las mismas tentaciones y saetas con que él nos procura herir, y haciéndole huir. Y esto haremos muy bien, cuando pensando el demonio dañarnos con sus tentaciones, nosotros sacamos mayor provecho de ellas: como si de la tentacion de soberbia y vanidad, que el demonio nos trae, sacamos mas humildad y confusion; y de la tentacion deshonesta sacamos mayor aborrecimiento del vicio, y

con mayor recato y fervor, y acudir mas á Dios. Y así dice el bienaventurado san Agustín, sobre aquellas palabras, Psalm. CIII, v. 26: *Draco iste, quem formasti ad illudendum ei*: que de esta manera los siervos de Dios hacen burla de este dragon, porque queda cogido y enlazado con el mismo lazo con que nos queria enlazar. Conforme á

aquello del real Profeta, Psalm. IX, v. 16: *In laqueo isto, quem absconderunt, comprehensus est pes eorum. Captio, quam abscondit, apprehendat eum. Et in laqueum cadat in ipsum.* Psalm. XXXIV, v. 8. Vinien- do por lana, vuelve trasquilado: *Convertetur dolor ejus in caput ejus, et in verticem ipsius iniquitas ejus descendet.* Psalm. VII, v. 17.

TRATADO QUINTO.

DE LA AFICION DESORDENADA DE PARIENTES.

CAPÍTULO I.

Cuánto le importa al religioso huir visitas de parientes, y de las idas á su tierra.

Acerca del amor y aficion que habemos de tener á parientes nos pone nuestro santo Padre (1) una regla que dice bien á todos los religiosos. «Cada uno de los que entran en la Compañía, siguiendo el consejo de Cristo nuestro Señor: *Qui dimiserit patrem, etc.*, Matth. XIX, v. 29, haga cuenta de dejar el padre y madre, hermanos y hermanas, y cuanto tenia en el mundo: antes tenga por

dicha á sí aquella palabra: *Qui non odit patrem suum, et matrem, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus.* Luc. XIV, v. 26. Y así debe procurar de perder toda la aficion carnal, y convertirla en espiritual con los deudos, amándolos solamente con el amor que la caridad ordenada requiere, como quien es muerto al mundo y al amor propio, y vive en Cristo nuestro Señor solamente, teniendo á él en lugar de padres y hermanos, y de todas las cosas.» No basta dejar el mundo con el cuerpo, es menester que le dejemos tambien con el corazon, perdiendo todas las aficiones que tratan de él, y le inclinan á las cosas del siglo. No es malo amar al deudo,

(1) Cap. 4 exam. § 7; et regul. 8 summ.

porque es deudo; antes por ese respeto debe ser amado mas que otro que no lo es: mas si este amor se funda solamente en la naturaleza, no es amor propio de cristiano, y mucho menos del religioso, pues todos los hombres, aunque sean inhumanos y bárbaros, quieren bien á sus padres y á los que están conjuntos consigo en naturaleza; pero el cristiano, y mas el religioso, dice san Jerónimo, hom. 27, ha de subir el punto de este amor natural, y apurarle como en crisol con el fuego del amor divino, y amar á los suyos, no tanto porque la naturaleza le inclina á amarlos, como porque Dios le manda que los ame, cercenando del todo lo que le puede dañar y apartar del amor del sumo Bien, y amándolos solamente para lo que Dios los ama, y para lo que quiere que nosotros los amemos. Y esto es lo que dice la regla, que habemos de perder toda la afición carnal, y convertirla en espiritual, haciendo de amor propio amor de caridad, y de amor de carne amor de espíritu. Y da la razon de esto: porque el religioso debe ser muerto al mundo y al amor propio; y así no ha de vivir ya en él el amor del mundo, sino solo el amor de Cristo. Y apoya nuestro santo Padre esta regla con autoridades de la sagrada Escritura, que es cosa que no suele hacer en otras reglas y constituciones, aunque lo pudiera fácilmente hacer, porque la doctrina de nuestras Constituciones es tomada del Evan-

gelio, mas no quiso sino darnos esta doctrina con la llaneza y sinceridad con que de Dios la habia recibido; pero en llegando á tratar de parientes, luego apoya lo que dice con autoridades de la Escritura, como vemos que lo hace tambien cuando trata de dejar la hacienda á los parientes, luego trae (1) la Escritura que dice: *Dispersit, dedit pauperibus*; y el consejo de Cristo: *Da pauperibus*. Matth. xix, v. 21. No dijo que diésemos nuestra hacienda á parientes, sino á pobres. Vió muy bien nuestro santo Padre que todo esto era aquí menester, por ser este afecto tan natural, y con el cual nacemos todos, y está tan arraigado en nuestras entrañas, y tan apoderado de nosotros.

Esta es una materia de mucha importancia para el religioso, y así muy tratada de los santos Basilio, Gregorio, Bernardo y otros muchos. Recogerémos aquí brevemente la sustancia de ella. Cuanto á lo primero, san Basilio, in quæst. fusius disp. 32, trata muy bien cuánto le conviene al religioso huir el trato y conversacion de parientes, y excusar sus visitas, y las idas á su tierra. Y trae muchas razones que muestran bien la importancia de esto: *Nam supra hoc, quod illis nullam utilitatem exhibemus, insuper, et nostram ipsorum vitam tumultibus, et turbatione replemus, et peccatorum occasiones attrahimus:*

(1) Cap. 4 exam. § 1 et 2; Psalm. CXI, 9.

Porque fuera de que nosotros no hacemos fruto ninguno con esto en nuestros parientes, recibimos de ello mucho daño en nuestras almas; porque ellos nos cuentan sus cuitas, pleitos, y la pérdida de la hacienda y de la honra, y todos sus duelos y lástimas; y así volvemos nosotros á nuestra casa cargados de todo lo que á ellos les da pena. Y mas, ponémos con esto en muchas ocasiones de pecados por muchas vias y maneras; porque de este trato y conversacion de parientes se suele recrecer lo primero: *Memoria prioris vite*: El acordarse y traer á la memoria las cosas de la vida pasada, que suele ser no pequeña ocasion de pecados, porque de aquí suele proceder el renovarse las llagas viejas, y el refrescarse la sangre, trayendo á la memoria tal casa, tal lugar, tal paso; y unas cosas van trayendo y llamando otras, y de lance en lance, y de treta en treta nos vienen á dejar inquietos, y hacer mucho daño. Y es una razon fuerte del daño que esto hace, que aconsejan los maestros de la vida espiritual, que no nos acordemos de los pecados de la vida pasada en particular, aun cuando tratamos de tener dolor y contricion de ellos, sino solamente en general, haciendo como un manojito de ellos, para que no nos tornen á inquietar. Cuanto mas, será dañoso el tomar nosotros esa ocasion sin necesidad; no teneis que quejaros despues de la inquietud y daño que

sentís, pues vos os lo buscásteis, vuestro merecido teneis.

Mas dice san Basilio, in constit. monast., c. 11, que los que gustan de tratar y conversar con parientes, con aquel trato y conversacion van embebiendo poco á poco en sus almas las malas costumbres y aficiones de ellos, y ocupada el alma con pensamientos mundanos se va resfriando en el fervor del espíritu, y perdiendo la estabilidad y firmeza de los primeros deseos, y se va aseglarando y volviendo al mundo sin sentir, conforme á aquello del Profeta, Psalm. cv, v. 35: *Commisti sunt inter gentes, et didicerunt opera eorum, et servierunt sculptilibus eorum, et factum est illis in scandalum.* ¿Qué se les podia pegar á los hijos de Israel de morar con los filisteos, sino adorar sus ídolos, y que ellos les fuesen escándalo y ruina? Así se os pegará á vos si tratáis con parientes; su lenguaje seglar, el no andar en verdad, sino con ficciones, con fruncimientos y cumplimientos, como se usa en el mundo; ya sus ídolos os contentan, su honrilla y regalo, y estais lleno de presuncion, y deseais salir con la vuestra, que es otro mundillo que os han pegado.

Trae otra razon muy principal S. Basilio, in const. monast., c. 11, por la cual nos conviene mucho huir el trato y conversacion de los parientes, que es por el daño grande que causa la compasion y ternura natural; porque de tratar y conversar uno con sus parientes

naturalmente se sigue el alegrarse con sus prosperidades, y entristecerse con sus adversidades y trabajos, y cargarse de pensamientos y cuidados, si tienen bien lo que han menester, que es lo que les falta, si les sucederá bien aquel empleo, si saldrán bien del otro negocio de honra ó hacienda: los cuales pensamientos y cuidados van debilitando y apocando la virtud y fuerzas espirituales de tal manera, que cualquiera tentacion le viene despues á derrotar, porque viene, dice san Basilio, á quedar como una estatua que está vestida de hábito de religioso, sin tener la verdad y espíritu religioso: *Eoque promovet, ut habitum religionis tantum instar statuæ circumferamus, illi nullo pacto virtutum studio correspondentes.* No tiene uno mas que el cuerpo en la Religion, y el corazon está allá en el mundo entre sus parientes. Casiano, collat. 1, c. 11, cuenta de un monje que hizo su asiento y morada cerca de sus parientes, y ellos le proveian allí de todo lo necesario; de manera que él no tenia que hacer sino vacar á la oracion y leccion, y estaba él muy contento con esto, pareciéndole que era aquella una vida muy quieta y sosegada. Fué una vez á visitar al gran Antonio, y preguntóle el Santo dónde moraba. Él respondió que cerca de sus parientes, y que ellos le acudian con todo lo necesario, y él no tenia otra ocupacion sino vacar á Dios. Preguntóle: Dime, hijo, cuando á tus

parientes les vienen algunas adversidades y trabajos ¿entristécete? Y cuando les va bien ¿huélgaste de sus prosperidades? Eso, Padre, por fuerza; no puede ser menos. Confesó llanamente la verdad, que de uno y otro participaba. Pues entiendo, hijo, dice el Santo, que en la otra vida serás contado tambien en el número de esos de quien en esta vida fuiste compañero en sus gozos y tristezas. Con los seglares será contado en la otra vida el que con ellos y de sus cosas trata en esta. Pues por esta causa dice san Basilio que nos importa mucho huir el trato y conversacion de parientes; porque al fin, lo que ojos no ven, corazon no quiebra. Y así como el dejar con el afecto la hacienda, como la dejamos por el voto de la pobreza, dicen los Santos que nos ayuda á perder la aficion de ella; así el dejar con afecto los parientes, y no los tratar ni conversar, nos hará olvidar esta aficion carnal, y así nos libreremos de los peligros grandes que de ella se siguen. Importa mucho el despegarnos de ellos con la obra, para despegarnos de ellos con el corazon; y si no hay lo primero, no habrá lo segundo. Aun acontece estar muy apartados é írsenos el corazon allá; ¿qué será si tratamos y conversamos con ellos?

Por esto en nuestra Religion están prohibidas las idas de los nuestros á sus tierras tan estrechamente como todos saben. Pero para que esta santa y provechosa prohi-

bicion se pueda poner en ejecucion, es menester que ayudemos nosotros á ello; y que cuando vuestros parientes piden á los superiores que os den licencia para ir allá, vos seais el primero que resistais, y les satisfagais y persuadais que en ninguna manera os conviene; que no os faltarán razones bastantes para ello si vos quereis. Y con esto se cumple con los parientes, y quedan satisfechos por vuestro contento, y algunas veces por el suyo. Y esto es lo que desean los superiores, y se edifican mucho cuando vos decís que no es necesario, y que desharéis eso con ellos. Porque los superiores muchas veces no pueden cumplir de otra manera con quien se lo pide, y con los intercesores que algunas veces echan si vos no salís á esto: y así condescienden y dan una licencia como estrujada, que no es obediencia, sino permission, que mas quisiera el superior que no fuérais. Este es un aviso muy bueno, así para esto como para otros muchos casos. Cuando vuestros parientes, ú otros amigos ó devotos os piden que hagais ó entendais en algun negocio que no es conforme á nuestra vocacion é instituto, no echeis toda la carga al superior, que le obligais, ó á romper con ellos, ó á conceder lo que piden. No traigais las cosas á esos términos; desviadles vos de su pretension con buenas palabras, dándoles á entender que no es cosa aquella de nuestra perfeccion. Eso

es de buenos religiosos, y no como hacen algunos, que por no dejar al otro disgustado contra sí quieren echar la carga sobre los superiores. Dice san Jerónimo, sobre aquellas palabras de Cristo, Matth. x, v. 16: *Estote prudentes sicut serpentes. Serpentis ponitur exemplum qui toto corde occultat caput, ut illud, in quo vita est, protegat.* Se nos pone ejemplo de la serpiente, que con el cuerpo defiende la cabeza, en la cual está la vida. Así nosotros siempre habemos de defender la cabeza, que es el superior, y no al revés, que porque no dé el golpe en el cuerpo, descubrimos la cabeza, y por excusarnos á nosotros echamos muchas veces la culpa al superior: pues con esto se ha de tener muy particular cuenta en el caso de que vamos hablando. Y comunmente todo el punto de este y otros semejantes negocios está en nosotros. Quiera uno, que fácilmente se desharán las dificultades. Y así lo que yo aconsejaria en este particular á quien desease acertar es, lo primero, que procure cuanto pudiese excusar estas idas y visitas, y cuando no las pudiese excusar, sea el hacerlas forzado por la obediencia, y diciendo al superior si siente algun peligro en ello; y con todo eso hay bien de que temer, y es menester ir bien preparados.

Del abad Teodosio cuenta Surrio, que viniéndole á ver su madre con muchas cartas de los obispos y prelados para que se le dejasen ver, y dándole licencia el

santo abad Pacomio, que era su superior, para verla, él respondió: Padre, asegúrame que no daré cuenta á Dios el dia del juicio de esta visita, y yo la haré. Entonces el santo Abad dijo: Hijo, si tú entiendes que no te conviene, yo no te obligo á ello. No le quiso asegurar, y él no quiso hacer la visita si no la tomaba el superior sobre su conciencia, y así se quedó. Y sucedió bien, porque su madre determinó de quedarse en un monasterio de monjas que estaba cercano, de que tenían cuidado aquellos monjes, con esperanza de ver alguna vez entre ellos á su hijo. Este andaba bien, que no queria hacer estas visitas si no era por pura obediencia, y que lo tomase el superior sobre su conciencia. De esa manera ha de ir á su tierra el buen religioso cuando fuere. Y si entendiésemos bien lo que en semejantes idas suele acontecer, temeríamoslas mas, y las procuraríamos excusar y estorbar con mayor diligencia. Llenas están las historias y las vidas de los Padres de ejemplos de monjes que venian perdidos de semejantes jornadas. Y será razon que escarmentemos en cabeza ajena, para que no vengamos á experimentar el daño en la propia.

Dicesan Basilio, epist. ad Chilon.: *Si mortuus es cum Christo à cognatis tuis secundum carnem, quid rursus inter ipsos conversari cupis? Si vero quæ destruxisti propter Christum, rursus ædificas propter cognatos*

tuos, transgressorem te ipsum constituis: ne igitur ob cognatorum tuorum necessitatem secesseris à loco tuo, nam discedens è loco, fortassis ex æquo discedes à moribus tuis. Si habeis muerto ya al mundo, y á vuestros padres y parientes, ¿para qué volveis á tratar y conversar con ellos? Mirad que es mal caso volver á tomar lo que habeis ya dejado por Cristo: por eso guardaos de dejar vuestro puesto, y vuestro sosiego y recogimiento por vuestros parientes, porque no dejéis juntamente con eso el espíritu y las buenas costumbres, que es cosa que suele acontecer: *Non invenitur Jesus inter cognatos, et notos.* Luc. II, v. 44. No se halla Jesús entre parientes. Dice muy bien el glorioso san Bernardo: *Quomodo te bone Jesu inter meos cognatos inveniam, qui inter tuos minime es inventus?* ¿Cómo te hallaré, ó buen Jesús, entre mis parientes, pues entre los tuyos no te pudo hallar tu sacratísima Madre? Pues si quereis hallar á Jesús, no le busqueis entre parientes, sino buscadle en el templo, en la oracion, en el recogimiento, y ahí le hallaréis.

Del Padre san Francisco Javier leemos en su vida, lib. 1, c. 9, que cuando vino de Roma á Portugal, para de allí ir á las Indias, pasando cuatro leguas de su tierra, nunca quiso llegar á ella, ni visitar á sus parientes, ni á su madre que aun vivia, por mucho que se lo importunaron; aunque sabia que, pasada aquella ocasion, nunca tendria otra

para poderlos ver. Y lo mismo hizo el P. M. Pedro Fabro pasando cinco leguas de la suya. Y nuestro bienaventurado Padre san Ignacio, cuando por necesidad fué á Loyola, nunca quiso posar en casa de su hermano, sino en el hospital.

CAPÍTULO II.

Que el religioso ha de evitar tambien, quanto pudiere, el ser visitado de parientes, y la comunicacion por cartas.

El buen religioso que de veras desea servir á Dios, y tratar de su aprovechamiento, y del fin á que vino á la Religion, no solamente ha de huir de estas visitas de parientes é idas á su tierra, aunque sean con buen título, sino ha de procurar quanto pudiere evitar todo el trato y conversacion de los deudos, y no se ha de contentar con no irles él á visitar, sino ha de procurar no ser visitado de ellos. San Efren dice (1), que amonestemos y persuadamos á nuestros parientes que no nos visiten, sino, cuando mucho, una ó dos veces al año: *Sed si inutilem illorum conversationem penitus præcideris, melius ages.* Pero si pudiéseis, dice, evitar del todo su conversacion inútil, mucho mejor seria; y llámala con mucha razon inútil. Y nuestro santo Padre tambien en las Constituciones (2) usó de este término, porque

lo es; y no solo es sin provecho, sino de mucho daño, como habemos dicho. Y para que entendamos quanto agrada á Dios esta sequedad, y ese despego y desvío de parientes, y el no querer ser visitados de ellos, lo ha querido el Señor mostrar y confirmar con milagros. En el Prado espiritual se cuenta de un santo monje llamado Ciriaco, que viniendo una vez sus padres y parientes á verle, llamaron á la puerta de su celda; él sabiendo ya la gente que era, y á lo que venian, hizo primero oracion á Dios nuestro Señor, pidiendo le librase de ellos, y diese orden como no le viesen; hecha esta oracion, abrió su puerta y salió de su celda sin que le viese nadie de aquella gente, ni echasen de ver si salia alguno, y apartóse bien, entrándose por el desierto adentro, sin querer volver hasta que supo de cierto que se habian ido. Y del santo abad Pacomio cuenta Surio (1), que viniéndole á visitar una hermana suya, no la quiso salir á ver, ni que le viese, sino envióle á decir con el portero (2): *Ecce audivisti me vivere, abi.* Ya has oido que soy vivo y estoy bueno, véte en paz. Y aprovechóle mucho la respuesta, como á la madre de Teodosio, porque se quedó en un monasterio de monjas que estaba allí cerca, haciéndose religiosa.

No solamente las visitas, sino

(1) Ephren, tom. 2, tract. de varia doct. cap. 53.

(2) Cap. 4 exam. sess. 2.

(1) Surio, 14 de mayo, et legitur in vit. Patrum.

(2) Cap. præcedenti.

la comunicacion por cartas, ha de procurar excusar el buen religioso cuanto pudiere; porque tambien inquieta y desasosiega. Y así como no les visitando vos os libraréis de muchas visitas, así no les escribiendo os libraréis de muchas cartas suyas. Dice muy bien aquel santo Tomás de Kempis: «Si tú sabes dejar los hombres, ellos te dejarán hacer tus hechos.» Todo está en que vos queráis; que si quereis, hallaréis medios para todo lo que quisiéreis. Ya dejamos nuestra tierra, casa y parientes por Dios: acabémoslos de dejar del todo, y olvidémonos de ellos, para que así estemos libres y desembarazados para acordarnos mas de Dios, y para amarle y servirle mas. Cuenta Casiano, l. 5 de inst. renunt., c. 32, de un santo monje que era muy dado á la oracion y contemplacion, y tenia mucho cuidado de guardar la puridad y limpieza de su corazon, como para tales ejercicios se requeria. Habia quince años que estaba en el desierto, y al cabo de ellos trajéronle un grande mazo de cartas de su tierra, de la provincia del Ponto, de sus padres, de todos sus parientes y amigos; recibe su pliego, y comienza á pensar y revolver entre sí: Si yo leo estas cartas, ¿de cuántos pensamientos me serán causa? ¿Qué diversidad de olas se levantarán luego en mi corazon de alegría vana, si hallo que á mis parientes les va bien; ó tristeza inútil y desaprovechada, si hallo que les ha sucedido

mal? ¿Cuántos dias me llevará tras sí la memoria de aquellos que me han escrito, y me apartarán del reposo y sosiego de mi oracion y contemplacion? ¿Cuántos dias se me representarán y pondrán delante las figuras y facciones de sus rostros, y los dichos que me dijeron, y las cosas de que me escribieron? ¿Cuándo se me acabarán de olvidar y raer de la memoria aquellas especies? ¿Con cuánto trabajo volveré yo al estado de la tranquilidad y olvido de las cosas del mundo que ahora tengo? ¿Qué me aprovechará haber dejado los parientes con el cuerpo, si con el corazon y con la memoria me torno á ellos, y me estoy conversando y entreteniendo con ellos? Y diciendo y revolviendo estas cosas en su corazon, toma su mazo de cartas así como venia, y da con él en el fuego, diciendo: *Ite cogitationes patrie, pariter concremami: ne me ulterius ad illa, quæ fugi, revocare tentetis*: Apartaos de mí, pensamientos de carne y sangre, y quemaos aquí todos juntamente con estas cartas, porque no hagais que me vuelva á lo que ya he dejado. No solo no quiso leer carta alguna, pero ni desenvolver el pliego, ni ver los nombres y firmas de los que le escribian, ni aun mirar los sobrescritos; porque reconociendo la letra no se le representase la memoria de ellos, y le impidiese aquello la tranquilidad y paz de su corazon. De nuestro bienaventurado Padre san Ignacio leemos otro ejemplo

semejante, lib. 5, c. 1 vite suæ. Esto es muy bueno para los que aun no se contentan con leer una vez las cartas, sino que las tienen muy guardadas para tornarlas á leer otra y otra vez, y relamerse y saborearse en ellas, refrescando la memoria de sus deudos. Ya que no la quemásteis antes de leerla, ¿por qué no la quemais luego en leyéndola, y con ella todos los pensamientos de carne y sangre, para que no os inquieten mas?

CAPÍTULO III.

Que aunque sea con título de predicar, ha de huir el religioso el trato de parientes y las idas á su tierra.

Á algunos les viene esta tentacion de ir á su tierra, y visitar y tratar sus parientes con título de predicarles y hacer fruto espiritual en sus almas. Y cuando las tentaciones vienen de esta manera disfrazadas con color y apariencia de bien, suelen ser mas peligrosas; porque no se suelen tener por tentaciones, sino por buenas razones. San Bernardo, serm. 64 sup. Cant., sobre aquellas palabras: *Capite nobis vulpes parvulas, quæ demoliuntur vineas*, Cant. II, v. 15, dice que esta es una de las raposillas que entrando con engaño y con apariencia de bien suele destruir y echar á perder á muchos. Y á algunos dice el Santo que conoció él que se vieron á perder por aquí: pensaron ganar á otros, y perdiéronse á

sí. Especialmente que para hacer fruto espiritual en parientes, comunmente no son aptos parientes; porque como ayer los conocieron que andaban jugando con ellos, no los tratan con la estima y respeto que es necesario para el predicador evangélico. Y así dijo Cristo nuestro Redentor: *Amen dico vobis, quia nemo Propheta acceptus est in patria sua*. Luc. IV, v. 24. Ningun profeta es acepto en su tierra. Y queriendo Dios hacer de Abraham un gran predicador y padre de los fieles, le mandó que saliese de su tierra y de entre sus parientes, amigos y conocidos, y se fuese á Mesopotamia, donde de nadie fuese conocido. Y á san Pablo (que es cosa digna de consideracion), estando él en Jerusalem en oracion en el templo, le dijo Dios que saliese de allí, y fuese á predicar á la gentilidad; porque aquí en Jerusalem, dice, no harás fruto: *Non recipient testimonium tuum de me*. Actor. XXII, v. 18. Ó Señor, que aquí me conocen, criado á los piés de Gamaliel, y saben que yo perseguia á los que creian en Vos, y que cuando los otros apedreaban á san Estéban, guardaba sus vestiduras. Anda, que no lo entiendes: sal de esta tierra donde eres conocido, que te quiero hacer predicador de las gentes: *Ego in nationes longe mittam te*. Allá donde no te conocen harás mucho fruto. ¿Y paréceos á vos que haréis fruto en vuestra tierra? ¿Y qué fruto podeis vos hacer ahí entre parientes? ¿Cómo les